

había escrito y que ojalá las perdiera en alguna noche de locura, en su expresión vi el llanto a punto de brotar. Me fui sin despedirme.

Hace unos días volví a encontrarme a Ulises, estaba esperando el camión para ir a mi casa, era temprano y a esa hora iban llenos. Cargaba sus cosas en una red de plástico como solía hacerlo cuando le robaban el cajón de bolear, le faltaban los dientes superiores, tenía un corte en la ceja derecha, seguro se había bronqueado o lo habían ponchado, andaba demasiado sucio. Trató de ser amable, pero la tensión se sentía en el silencio que se da cuando se agota rápido una platica.

—Sigo en la ruta de los bebenautas, a ver cuando nos juntamos para tomarnos una cerveza y recordar ese tiempo cuando era el Bolero Chido, te puedo ayudar en la descripción de cantinas, para que completes tu trabajo, mínimo pienso recorrer las tres mil quinientas cantinas que calculamos —Dijo, sin verme a los ojos, antes de perderse por Aramberri, que en esa ocasión se encontraba completamente a oscuras.

La primera vez que vi tu cara

Genaro Huacal

La memoria no alcanza a precisar ese momento, esa primera vez que tuve conciencia de esta ciudad. Sin duda sería en la primaria, pero antes de estudiar la geografía, historia y gentilicios del país, de una manera u otra, empezó a fluir por mis oídos.

Un día sin conocer aún su futuro significado vital, descubrí a Monterrey y a los regiomontanos en la historieta de *Memín Pinguín*, entonces supe del cabrito, la carne asada, las polkas y los Rayados.

Más tarde, en algún rincón de la secundaria, entre Credence y Procol Harum, Mile Laure y Leo Dan, encontré un acordeón de postales regias enviadas por un hermano de paso por la ciudad. Nunca olvidé la toma de la Plaza Zaragoza con el Condominio Acero al fondo. Fue la primera vez que vi tu cara y me gustaste Monterrey, como aquellas cosas gratas disfrutadas sin afán de poseerlas.

Nunca creí pisar tu suelo, no tenía por qué, más aquí aprendí a hacer las cosas por necesidad de hacerlas; los motivos en Monterrey salen sobrando. Una mañana de junio *desembarqué* en el río Santa Catarina, feliz, mirando mi alrededor en busca de tu estímulo pavloviano: el Cerro de la Silla.

Manuel María de Llano, entre Villagrán y Villagómez, vio transcurrir mi primer fin de semana regio, pisa y corre a la frontera.

Ese fue mi primer encuentro cercano del tercer tipo con los corazones norteños, sencillos, alegres, generosos; y mi deslumbramiento con el paisaje montañoso, venido yo de llanos y sabanas.

Del destino nadie se escapa, a contrapelo de Serrat dejé el mar y me vine al monte. Cambié gaviotas por las palomas regiomontanas. Al Mercado Sáinz de Baranda por el Mercado Juárez. Al Barrio de San Román por el barrio antiguo regiomontano. A los Piratas de Campeche por los Sultanes, *ad infinitum*.

Desde entonces han pasado diecisiete años entre el cielo y el infierno, entre la agonía y el éxtasis, entre la realidad y el deseo. La ausencia cumplirá su mayoría de edad y no estará en la fiesta.

Tanto tiempo lejos de mis playas campechanas no me hace olvidar a las murallas, pero mi corazón cada día toma más forma del Cerro de la Silla.

Entre otras cosas, aquí he descubierto los mitos norteños, esencialmente dos. La tacañería regia: a nivel individual los regiomontanos son desprendidos, pródigos, generosos; a nivel de comunidad son superiores, nadie como ustedes para el alto sentido de la solidaridad. Y la franqueza norteña: sé por experiencia que aquí no aceptan el viceversa, a la crítica franca y honesta le llaman ataques. Cada quien posee su verdad particular guardada en casa. Nada de norteñotes y francotes.

Ya lo decían los latinos: «La mentira procura amigos; la verdad, enemigos». Más nunca me cansaré de disfrutar la bonhomía regiomontana.

Gracias por el placer de todos estos años, jodido, pero contento. Gracias por ayudarme a despejar cada vez más aquel enigma: «Los tres mil quinientos habitantes de mi pueblo / no me recuerdan. / El millón y medio de Monterrey / no me conoce. / No sé si estoy ganando o estoy perdiendo». Gracias por el saldo a favor.

Los protagonistas nocturnos de la Alameda

La Alameda Mariano Escobedo, durante el día, es una isla donde la inercia sienta su morada. Rumiante de transeúntes mastica y deglute pasajeros inmersos en el ritmo citadino.

Los viandantes pasan de largo por sus calles laterales, huyen por la tangente. La miran sin ver. Sólo viejos y vagabundos permanecen en ella, absortos en el teorema vital de su existencia.

La Alameda es grande y su grandeza todos los días ostenta decadencia. Al oeste alberga taxis asténicos al acecho. Su acuario es recuerdo de nuestros mayores. Las aves se fueron volando a espacios más amables.

Las parejas hurgan por la tarde en busca de lugares solitarios. Ellos le brindan ese calor humano, urgente y ecológico. Reviven a hurtadillas el teatro al aire libre, tendido al sol como los huesos de un perro ex callejero.

De mañana y noche, trotadores albinos y crepusculares la hacen latir al ritmo de sus pasos. Mantra antecesor del éxtasis. El nirvana no se alcanza fácilmente, exige paciencia. Los borrachos nocturnos lo saben, por eso, en la hora gris, acuden al santuario más próximo del santo patrón universal.

Allí el ángel de Gay-Lussac dispensa misericordioso su divina providencia, ¡oh señor amoroso e indulgente!, ¡acoge a este devoto!, ¡dale otro pecado capital!

A veces, en la banca de turno, en la calzada tendida entre las fuentes de este a oeste, nos gana el sueño. Más tarde, «el viento de la noche gira en el cielo y canta», y nos despierta. Entonces es posible atestiguar de madrugada el prodigioso relámpago nocturno.

El privilegio de la vista nos da oportunidad de trascender nuestra paupérrima condición mortal. La morbilidad es geoméricamente poligonal. El sonido del silencio aturde al tiempo, golpea al yunque, blande el martillo, sube al estribo del laberinto.